

hicieron, dijeron y pensaron aquellas figuras tan extraordinarias, este breviarío colma con evidente holgura la expectativa que despierta siempre un tema de tal naturaleza.

W. L.

(\*) ISRAEL I. MATTUCK: *EL PENSAMIENTO DE LOS PROFETAS*. México, Fondo de Cultura Económica, 1962, 190 pp. (Trad. de Elsa Cecilia Frost.).

## **Léalo, colóquelo en el estante, y salga a respirar aire fresco**

De esta breve novela (\*) escrita por François Mauriac hace más de cuarenta años, se sale como de todas las suyas: con una vaga sensación de asfixia, de irremediable, casi viscosa perversidad, cómplices nosotros, tanto como el autor, de inconfesables desvíos. En cierto modo nos llegamos a sentir autores de lo que acontece, y culpables asimismo de lo que no acontece, hasta tal punto el verdadero autor nos impone su fascinación. El tema es en apariencia elemental: un joven de físico esmirriado, heredero de una gran fortuna, se casa con una humilde joven de pureza casi inmaterial. Un martirio mutuo que orquestan la proximidad, el deseo y la repugnancia, la humillación y la compasión, una atmósfera opresiva, un silencio cargado de tensiones malignas. Y crecen, como larvas informes, sentimientos que se escurren entre los más íntimos escrúpulos, que se inician en los personajes y en nosotros, sin que encontremos la ocasión de defendernos. El pecado, sobre todo el insinuado, el no consumado, el pecado que el autor nos hace sentir como habitándonos en los repliegues más inconfesables de nuestras subconciencias, un pecado latente, ominoso, "pasivo" —según lo adjetivaba Claude-Edmonde Magny—, asoma su rostro equívoco, no se sabe si como orrectivo de una realidad insostenible, o como una variación, tanto más temible cuanto menos formulada, de la flaqueza y de la necesidad del alma humana. Esa total falta de libertad que Sartre les censurara a los

personajes de Mauriac, apabullados por los designios y contra-designios del autor, convierte al lector en alelado espectador de una fatalidad incontrovertible. No hay salidas. Todo es, será siempre así. Y es como si Mauriac quisiera hacernos compartir su propio agobio, convencernos, por dentro, de que las cosas no pueden ser de otra manera. Y con qué ciencia de escritor lo logra; ciencia, más que arte, tan fría en el fondo nos parece, en contraste con la conmoción que nos produce. Es un escritor que se nos adhiere, que se nos mete por la piel. Y dejamos el libro como quien se arranca la corteza de una pústula. Qué novelista hábil. Pero qué ingrato compañero. Qué ejemplo insuperable de esa que Maritain llamaba "connivencia" entre el novelista y su obra, esa complacencia subterránea en descubrir y describir el mal, en hacerlo casi palpable, en su más pegajosa proximidad. Arte puramente negativo —como decía exactamente C. E. Magny—, que no ve lo que puede haber de real en los afectos, sino tan sólo eso que no son, lo que dejan fuera, el gusano que los corroe y contradice. Arte de "voluntad perversida", como el mismo Mauriac llegó a definirlo cierta vez, sostenido por la predisposición más o menos morbosa de quienes no han sido queridos nunca; y dentro de cuya lógica, el dinero —aquí el del heredero, como después el de Teresa Desqueyroux— viene a sustituir a ese amor ausente como para remachar sin vueltas tanto enajenamiento. Y la virtud sólo puede manifestarse entonces como un "esfuerzo" inútil; admirable, sí, pero minado por el tácito convencimiento de su absoluta impertinencia. El "beso al leproso" no pasa de ser así un gesto sin consecuencias, y la moral, una presencia convocada a título decorativo, como para medir mejor el trecho recorrido por el mal. Ante un libro así, admirable en todos los sentidos, sólo cabe un consejo: léase, tómeselo luego con dos dedos, colóquese en el estante menos accesible, y sálgase a respirar después un poco de aire fresco.

W. L.

(\*) FRANÇOIS MAURIAC: *EL BESO AL LEPROSO*. Santiago de Chile, Pomaire, 1963, 116 pp. (Trad. de Isabel Budge de Ducci.).